Dulzura y bondad

Hay entre vosotros, hijos míos, indoles violentas, que no saben dominarse y que son arrastradas por las primeras impresiones. Es una pésima disposición, que es necesario corregir; da lugar a disputas y a que se cometan acciones, cuyo arrepentimiento llega demasiado tarde. Citaré dos ejemplos de los que fui testigo.

Un muchacho, sacudido violentamente en la calle por un hombre que venía delante de él, se vuelve y le da una bofetada.

— ¡Oh! ¡Señor! —exclamó el otro—, ¡mal sabe el castigo que va a tener! ¡Ha golpeado a un ciego!

Un hombre aún joven, montado en un burro, atravesaba una aldea, y unos campesinos groseros comenzaron a abuchearlo y a golpear al burro para hacerlo correr. El hombre se apeó, fue derecho a ellos y, mostrándoles su pierna lisiada, les dijo: «Si supierais que yo era cojo, no habríais sido tan cobardes».

Los campesinos, avergonzados, se sonrojaron, apartándose sin pronunciar una palabra.

¿Qué os parecen estas dos lecciones? Estoy convencido de que aprovecharon a quienes las recibieron.